

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.	15 reales.
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRAJNJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincia, cuyo abono debió terminar en fin de agosto, terminará en fin de noviembre, lo que les avisamos con el santo propósito de que lo renueven.
¡No descuidarse, señores!

Otrosi.—Esperamos que los vendedores y comisionados no se retrasarán tampoco.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Tengo delante dos caballeros de la más alta importancia.

No estoy seguro de su educacion moral, pero bien pudiera asegurarse que han ido al colegio.

No crean Vds. que se trate de dos sugetos de tres al cuarto, antes al contrario, su fama vuela tanto que casi se pierde de vista.

Hablan todos los idiomas y comen en todas las mesas redondas y cuadradas que encuentran al paso.

Uno de ellos viste con bastante descuido: se llama *El Tiempo*.

El otro está de frac negro y guante blanco: se llama *El año 1866*.

Es de noche, y *sin embargo*, está oscuro y huele á poco dinero.

Como la escena tiene lugar en el espacio, los dos caballeros están de pié.

La luna, la pálida luna alumbraba la escena con muchísimo primor.

Oigamos á los dos caballeros andantes:

El año 1866.—Diga Vd., abuelo, ¿me dá Vd. ya permiso para marcharme con viento fresco?

El Tiempo.—¿Te quieres callar, chiquillo?

1866.—Me cansa esta existencia. La verdad es que me duele la barriga de ver ciertas cosas, y deseo emprender la marcha.

El Tiempo.—¿Tienes hecha la maleta?

1866.—¡Maleta! ¿Para qué? Todo mi equipaje cabe en los bolsillos.

El Tiempo.—Vamos á cuentas. Yo te he engendrado y te he traído al mundo con objeto de resolver una porcion de asuntos. Por ejemplo: ¿qué has hecho de la Zarzuela?

1866.—¿La Zarzuela? La he deshecho.

El Tiempo.—¿Y lo dices con esa desfachatez? ¡Hijo ingrato!

1866.—¡Ay, abuelo, qué feo se pone Vd. cuando se enfada!

El Tiempo.—Yo me pongo como me dá la gana, so trasto. Aprende de mí á tener prudencia, y paciencia, é indulgencia...

1866.—Me rio yo de la indulgencia de Vd., sobre todo desde que los p usianos han inventado el fusil de aguja.

El Tiempo.—Eso no es del caso. Sigamos nuestro examen. ¿Cómo dejas á la mujer?

1866.—En brazos de la moda. He dado cima á una infinidad de casamientos, y dejo á varios maridos en babia. Con ayuda de Vd., abuelo, se acordarán de mí.

El Tiempo.—Esa me la tenia yo tragada... ¿Y qué me dices de la moral pública?

1866.—Ni una palabra, anciano.

El Tiempo.—Háblame del juego.

1866.—Acabo de apartar doscientos reales para jugarlos á la lotería de Navidad.

El Tiempo.—¡Y yo te creia corregido! ¡Lo que somos! 1866.—Lo que seré yo si me cae el premio gordo, querrá Vd. decir.

El Tiempo.—¡Dinero! ¡Siempre dinero! Ese fué el afan constante de tus antecesores, y por ello me dieron más de una desazon.

1866.—No es Vd. justo con nosotros. Ya se vé, como Vd. no necesita para nada del dinero... Si tuviera usted que pagar al sastre, al carbonero, al carnicero, al tendero, y á otros *eros* que hay en el mundo...

El Tiempo.—Esos son pretextos vanos.

1866.—¡Caramba! Vd. es inmortal, Vd. no siente frio ni calor, Vd. anda en cueros y duerme al aire libre... Aunque venga un año, ó dos, ó tres de hambre, Vd. tan sério y tan valiente... *Item*. Con Vd. no ganarán un cuarto los peluqueros, porque ni tan siquiera se afeita para asistir á las ceremonias ó á los estrenos de ópera en el teatro Real. No es mala ganga la que Vd. goza, abuelito.

El Tiempo.—Mientras la bondad divina me mande presidir la creacion, cumpliré mi deber con inexorable justicia. Vamos á ver: ¿qué cuenta me das de las tempestades que te confié?

1866.—La carga era pesada y he dado suelta á muchas. Supongo que habrán llegado á su noticia las inundaciones últimas. El rio Llobregat me ha servido de instrumento, y me he despachado á mi gusto.

El Tiempo.—Y de muertos, ¿cómo estamos?

1866.—Muy bien... ¡Oh! En cuanto á eso, estoy satisfecho. Aquí traigo á Vd. la lista de los que han perecido en Bohemia y en los campos de Custozza.

El Tiempo.—Pues señor, sacado en limpio que tu conducta no ha sido la más acertada, rapaz. Y se me figura que te voy á partir de un *guadaña*zo.

1866.—¡Papá, no sea Vd. salvaje!

El Tiempo.—¡Mira que te desheredo!

1866.—Para aplacar su enojo traigo dos noticias que han de llenarle de júbilo.

El Tiempo.—Desembúchalas pronto.

1866.—Dejo arreglada la cuestion de Venecia.

El Tiempo.—Eso ya es algo.

1866.—Y he obligado á los caseros á bajar los alquileres.

El Tiempo.—¿Eso has conseguido? Ven á mis brazos, hijo mio; no han hecho otro tanto tus antecesores. Recibe mi bendicion. Ahora puedes reventar tranquilo.

Luis Rivera.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Sr. D. A. Sanchez Perez.

Muy señor mio y estimado, aunque desconocido, amigo: Con tanto gusto como agradecimiento he leído la ingeniosa carta que tiene Vd. la bondad de dirigirme por conducto de *La Reforma*, y seria yo muy ingrato si no correspondiese á su amistad, y muy descortés si no contestase á sus agudas observaciones.—Es verdad, como usted dice, que hasta ahora no tenia la honra de conocerle; pero desde hoy, gracias á su epístola, le conozco y reputo por hombre de buen ingenio y de buena educacion: imagine Vd. si prendas tan poco comunes en nuestra época y en nuestro oficio hallarán en mí la estimacion que merecen. Estrecho, pues, con placer la mano que Vd. me tiende, y empiezo el curso de nuestras futuras relaciones dándole las gracias por sus lisonjas y el parabien por su escrito.

¡Ojalá pudiera darle la razon, como las gracias y el

parabien!—Pero sin duda debe de ser más fácil para usted escribir dos artículos buenos que leer uno malo: de otro modo, interpretando mejor el que ocasiona sus comedidas objeciones, no me atribuiria propósitos que nunca he abrigado, ni juicios que jamás he emitido. Quien lea su crítica de *El bien perdido* sin conocer la mia, pensará de fijo que la última comedia de Larra me ha dado asunto para un artificioso y difícil panegírico sin mezcla de censura; y júrole á Vd. por mi honor que nunca me creí tan hábil como Vd. se complace en pintarme. En el caso presente solo habia pretendido decir de buena fé lo que la obra me parecia; y tan lejos está mi artículo de ser un elogio desmedido, que no ha faltado quien me felicite *sotto voce* por el ingenioso *vapulamiento* ejecutado en la comedia de Larra. ¡Vamos, es una dicha esto de ser uno tan ingenioso sin sospecharlo! Vea Vd. hasta dónde llega mi fortuna: mis artículos son como el maná; á cada cual le saben á lo que quiere. Un mismo juicio es para estos apología exagerada, y para los otros diatriba mordaz; lo cual me proporciona el placer de pasar á un tiempo mismo por envidioso y por adulador: todo precisamente por huir con horror de ambos extremos, en esta tierra donde, por regla general, cuando un crítico coge á un poeta entre manos, solo se propone romperle el látigo en las espaldas ó el incensario en las narices.—Mi suerte, hoy como otras veces, es la de todo aquel que procura ponerse en el justo medio; y ocupo la envidiable posicion de ciertos hombres neutrales á quienes Cosme de Médicis comparaba con los que habitan en piso segundo, que viven disfrutando el ruido de arriba y el humo de abajo.

Si Vd. se detiene á considerar despacio el artículo que ha merecido su hábil impugnacion, verá cómo he tenido la fortuna de que mis opiniones coincidan con las suyas, antes de conocerlas.—Vd. aplaude el pensamiento y repueba la forma de *El bien perdido*: eso mismo habia hecho yo, resumiendo de antemano, en pocas palabras, el juicio que Vd. espone con toda estension.—«Su obra de Vd. (decia, dirigiéndome al poeta), *vale más por el pensamiento que por la forma*... La lógica es manjar demasiado duro para estómagos relajados, y Vd., por su parte, no se ha tomado el trabajo de condimentarlo como debia y podia. El tercer acto de su drama no está bastante preparado, y el público, sorprendido, tropieza con un ataud donde ménos lo espera. Si á pesar de esa falta capital ha obtenido la obra tan lisonjero éxito, atribúyalo Vd. á la verdad del pensamiento fundamental y deje gritar á los que digan lo contrario.» Francamente, ó yo he perdido la chaveta, ó no podemos estar más acordes en cuanto á la falta de armonía que descubre Vd. entre las diferentes partes de la obra.—Queda lo de la *lógica*, que Vd. niega, y yo concedo al pensamiento primitivo. Pero mirándolo despacio verá que hasta en eso convenimos, aunque parezca paradoja. Vd. reconoce que el pensamiento principal es bueno; y ¿cómo podría serlo si no se ajustase á las leyes de la lógica? Toda la aparente divergencia de nuestras opiniones se origina de la diversa aplicacion que damos á la palabra *lógica*. Con ella quise yo significar la relacion natural y forzosa que, considerando la comedia en globo, creia descubrir entre las premisas sentadas y la consecuencia deducida. Vd., empleándola en otro sentido, no ménos corriente, pretende sin duda espresar la trabazon, congruencia y armonía que debe haber entre los distintos elementos de una obra dramática. Vea Vd. si, refiriéndonos á cosas tan distintas, era natural que las palabras manifestase un desacuerdo que realmente no existia en las ideas.

El único punto en que jamás convendremos, es la muerte de la heroina. No vaya Vd. á tomarme por un cofrade

de la Bernaola si le confieso que yo, puesto en lugar del poeta, la mato también sin remisión, aunque tomando mis precauciones con más cuidado.—Su teoría de Vd. sobre la necesidad de los acontecimientos en el teatro me parece un poco exajerada,—y perdóneme esta franqueza. Usted, según veo, cree que nada se ha probado mientras quede por probar que Luisa no podía morir tísica sino casándose con el marqués y «que la consecuencia fatal é ineludible del matrimonio es la muerte de la interesada.»—Pero por amor de Dios ¿querrá Vd. decirme cómo se prueba eso?—Pues qué, Sr. Sanchez, ¿en *La dama de las camelias*, queda demostrado que Margarita Gauthier no podía morir ética sino se hubiera separado de Alfredo Duval? ¿En *Los amantes de Teruel*, queda patentizado que Isabel de Marsilla no habría muerto de repente á no estar casada con D. Rodrigo de Azagra? En *La muerte de César*, queda probado que el dictador de Roma no hubiera muerto á manos de Bruto, si hubiese pasado los idus de marzo jugando á la taba con Calpurnia, en vez de meterse á dictar leyes en la Curia de Pompeyo?—Desengañese Vd., el espectador queda moralmente convencido de que Luisa muere, no de tísica, sino de desgracia, y tanto le importaría que su desgracia pasase en una tisis, como en una aneurisma, ó en una inflamación del hígado. El caso es que muere y muere de pena. Para dar por injustificada su muerte, tendría usted que empezar probando que las penas no matan, y si tal intentara, no sería yo quien le envidiase la tarea.

Salvo este punto, en todo lo demás estamos completamente acordados, incluso el juicio, al parecer diferente, que uno y otro tenemos formado del público, y que es el asunto más directamente relacionado con mi artículo: por eso lo he guardado para lo último.—Aquí es fuerza confesar que ambos tenemos la culpa de no entendernos, por no dar á las cosas sus verdaderos nombres. Yo, por amor al eufemismo, había cometido la torpeza de llamar público al vulgo; Vd., no sé por qué, tiene la ocurrencia de llamar vulgo al público. De este modo no era fácil que nos entenderíamos. Inútil me parece explicar á persona tan competente la distinta significación de ambos vocablos. Usted debe saberla mejor que yo, aunque los diccionarios no se la expliquen. Ahora bien, Sr. Sanchez, yo, con su licencia, había querido ridiculizar en mi artículo la malévola ignorancia y las ruines preocupaciones del vulgo que gasta levita;—porque (ya recordará Vd. quién lo ha dicho), «todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo.»—Pero después de retratar (bien ó mal, que en eso no me meto) al vulgo aristocrático, al vulgo literario, al vulgo pedante y al vulgo venal, había intentado pintar al verda-

dero público en la persona de un hombre imparcial y despreocupado que, sin envidia ni adulación, espusiera la opinión común, ó por lo ménos la que tal me pareciera;—y ya vé Vd. que esa opinión ha tenido la suerte de coincidir punto por punto con la suya.

Así, pues, mi diatriba, como Vd. mismo reconoce (si bien echándomelo en cara), iba dirigida contra el vulgo y no contra el público, aunque de este nombre, por más genérico—y al mismo tiempo, por más cortés—me servía para designar y abarcar las dos clases de espectadores, ignorantes é ilustrados, que componen el auditorio de una comedia. Sentado esto, ya comprenderá Vd., Sr. Sanchez, que de lo hecho no me arrepiento, porque el «antiguo legislador que llaman vulgo,» á quien Horacio aborrecía y á quien Alarcon apellidaba *bestia fiera*, merece cuanto malo de él se ha dicho,—y mucho más que aun está por decir. Sus escrúpulos de monja y sus dengues de beata son causa y origen de innumerables fechorías que fuera prolijo enumerar. Él hizo que nuestro insigne Ayala, violentando su gusto y forzando sus convicciones, diese á esa obra maestra que se titula *El tejado de vidrio* un desenlace tan contrario á la moral como á la índole del asunto; él hizo que Eguílaz escamoteara los caracteres de sus personajes y sepultara la verdad artística en una caja de juguetes, para terminar á gusto de todo el mundo el tercer acto de *Los soldados de plomo*; él hizo que Palou cambiara el final de *La Campana de la Almudaina* y desnaturalizara la enérgica figura de Gilabert de Centellas, para salvarle la vida echando por tierra su fidelidad y pisoteando su entereza; él hizo que Breton reformara la historia de Inglaterra, salvando la vida á *Los hijos de Eduardo* y ofreciéndonos el curioso espectáculo de un tigre devorado por dos corderos; él hizo, en fin, que Ventura de la Vega matase á la duquesa de Bouillon, por el bien parecer, y que no satisfechos con ello los cómicos de cierta provincia, cuyo nombre no quiero escribir, completaran, como era natural, el pensamiento del traductor resucitando á la pobre *Adriana Lecouvreur* para casarla con el futuro mariscal de Sajonia, que nunca mereció semejante honor.

Vea Vd. quién es el vulgo, y considere si teniendo de él tan ventajosa opinión, rebajaré un ápice de lo dicho. Sobre todo, imagine cuánto sentiré ver que persona tan ilustrada como Vd. se meta humildemente en docena, declarando ser «el miembro más insignificante de ese vulgo tratado por mí de un modo tan poco caritativo.»

Créame, por su vida, Sr. Sanchez: tan mala es la humildad sin límites como la vanagloria sin fundamento. Quien piensa, razona y escribe como Vd., no ha nacido

para engrosar las filas del vulgo; y esta persuasión es la que me hace estimar como debo su cortesía, rogándole que me cuente desde hoy en el número de sus amigos, y me considere como su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

Federico Balart.

EL BESO.

Indudablemente la prosa, que no encontraba albergue en ninguna parte de esta poética nación, se refugió en la Academia de la lengua.

Será prosa buena, castiza, todo lo que se quiera, la que existe allí; pero al fin y al cabo es prosa.

Y digo esto después de haber hojeado el *Diccionario* compuesto por aquella respetable corporación, en el cual, á la página 96, se lee la definición siguiente:

«BESO.—El acto ó efecto de besar.»

A no dudarlo, el académico encargado de definir tan dulcísima palabra contaba, por lo ménos, ochenta años.

Pero ¿qué digo? No pudo ser ni aun así.

Si efectivamente hubiera sido escrita la tal definición por un octogenario, no habría estado concebida en los términos que lo está.

Un hombre de ochenta años tiene hijos, ó nietos, ó biznietos, ó las tres cosas á la vez, y quien tiene biznietos, ó nietos, ó hijos, y les ve á su lado cuando él toca ya al término de la vida, por mas que sea muy insensible, les besa alguna vez, y sabe lo que es un beso, y lo define mejor.

Yo dije que el tal académico debía ser un viejo, porque un joven hubiera definido perfectamente la palabra que motiva este artículo.

Pero quede sentado que el académico autor de esa definición estampada en una de las columnas del *Diccionario de la lengua*, además de ser viejo, ó es insensible de todo punto, lo cual no sería extraño en un académico, ó vive solo como un hongo, y no besa á nadie, y ha olvidado lo que es un beso, porque no quiero hacerle la ofensa de creer que no ha besado nunca.

Cierto que no es tan fácil como parece definir aquella palabra, que tanto puede ser la expresión de un vicio como la de un sentimiento puro, y prueba es de ello que yo no sé definirla.

Pero, ¡calle! Aquí entra á servirme el desayuno mi criada, asturiana, cuyo peso no sé cómo resiste el mundo sin hundirse en el vacío.

—Dí, muchacha, ¿tú sabes lo que es un beso?

La doméstica se para, sonríe espresando todo el idiotismo que encierra su cabeza, si es que ésta encierra algo, y no contesta.

—Vamos, repito, ¿no sabes lo que es un beso?

—¡Una cosa muy rica! Exclama al fin.

Y con su barbarie, con su ignorancia y demás bellas cualidades que le adornan, define mejor que un académico la palabra en cuestión.

Una cosa muy rica, dice, y no miente, pues con tal frase quiere espresar lo mucho que vale un beso.

AVENTURAS DE DOS RECIEN CASADOS. (1)

(Continuación.)

III.

Abrióse, por fin, la puerta del parador, y una moza acudió en auxilio de Elisa.

Joaquín pidió un cuarto, pero desgraciadamente todos estaban ocupados, porque había acudido mucha gente á la novillada, desde los pueblos inmediatos.

Joaquín se desesperaba, y Elisa volvía á reponerse del susto, gracias á un poco de agua con vinagre que le había propinado la moza del parador.

—¿Dónde estoy? dijo Elisa mirando á su alrededor.

—En el Paraíso, respondió Joaquín ya quemado.

En esto se acercó el tío Viña, dueño del establecimiento, que era un andaluz jubilado en Jaén, donde había tenido posada en tiempo de la guerra civil.

—¿Señorita, dijo el tío Viña, ¡viva la gracia é Dios!

Volvió Joaquín la cabeza y se encontró con aquel mascarón de proa.

Porque han de saber Vds. que el tío Viña era el ciudadano más feo que se ha conocido en un parador castellano.

A pesar de su fealdad, el tío Viña gozaba de muchas simpatías en el pueblo, debido á su genio alegre y decidor.

Era, como se dice generalmente, un hombre muy divertido.

Joaquín, después de mirarlo de arriba abajo, le preguntó:

—¿Es Vd. el dueño de este parador?

—Y de osté.

—¿Usted dueño mio?

—Quio disi, que el paraor es tambien de osté.

—¿Y Vd. es el que ha escrito la muestra que está á la puerta?

—Yo mezmoo con esta manita de gracia.

—Pues tiene Vd. la ortografía como la cara.

—A la disposición de osté, güen moso, y á la de esa niña juncá. ¿Es su hermana?

—Es mi mujer.

—¡Caracoles, y qué jembra ze calza osté, compare!

—Basta de bromas. Yo quiero un cuarto con cama, llave, agua, luz, comida y silencio.

—Tóo ezo ze le pué dar á osté, toito...

—¿Todo? Me alegro mucho.

—Zi geñó, tóo... menos el cuarto.

—¿Conque no hay cuarto?...

—Toos zan acabao... Ha habio hoy muchízimo de despacho...

Al oír esto se levantó Elisa y se dispuso á salir.

—Vamos á buscar otra posada, dijo á su marido.

El tío Viña la detuvo:

—¡Vágame Dios, zeñorita, antes que se marche osté de mi caza, conziento en sederla á osté jasta mi cuarto que está ar lao der poso. ¡Juy que *clizos*, mare mia.

Joaquín se encará con el tío Viña, cogiéndole del cuello de la chaqueta:

—Si vuelve Vd., le dijo, á echar otro requiebro á mi mujer, le rompo á Vd. ocho costillas.

—¿Qué zúpito es osté, compare!

—Pues hombre, estamos frescos, continuó Joaquín; es decir que en España, so pretexto de ser galante, se permite todo el mundo requebrar á la mujer del prójimo... ¡Posadero! Esta es mi mujer, ¿estamos? Mi mujer ante Dios y los hombres, y la ley me autoriza... ¡Venga un cuarto! ¡La ley me autoriza!

Ante la actitud desesperada de Joaquín, el tío Viña se contentó con responder lo siguiente, que sólo sirvió para añadir leña al fuego:

—Muchacha, llama ar maestro arbañil pa que abra en eza tapia un cuarto ar zeñorito.

—Esto es insufrible... inaudito... inaguantable... ¡Posadero, mira que me ciego... ¡Un cuarto ó tu vida! ¡Tu vida ó un cuarto! ¡Elije!

—Pues ni la via, ni un cuarto, ni un ochavo.

—¡No? Lo veremos.

Y diciendo esto, Joaquín se lanzó sobre el posadero, que era, sin embargo, hombre de puños y supo sacudirselo de encima. Ya Joaquín estaba á punto de ser vencido por su contrario, cuando este recibió un tremendo

golpe en los lomos que le obligó á soltar la presa.

El golpe había venido de este modo.

Durante la pelea de los dos, había entrado en la posada D. Gonzalo, viendo lo cual, sacó el sable y le dió de plano tan fuerte cintarazo, que el posadero exclamó:

—¡Man partio po el eje!

Algunos huéspedes acudieron al tumulto.

La fregona se encastilló en la cocina gritando ¡fuego!

Elisa quiso separarlos, y de la refriega sacó hecho pedazos el velo blanco de desposada, que llevaba aun en la cabeza.

Pero gracias al sablazo aplicado á los riñones del andaluz, la calma volvió á reinar en aquella mansion destinada á sustituir á Sierra-Morena.

Algunos huéspedes se marcharon huyendo del escándalo, lo que vino de perilla á los recién llegados, porque así encontraron habitación.

Habían pasado algunas horas.

Joaquín y Elisa acababan de comer mucho y mal; llegaba, pues, la hora del descanso.

La criada acababa de retirar la mesa cuando Joaquín le preguntó:

—¿Y la cama?

—No hay cama en este cuarto, ¿no ve Vd. que es de paso?

—¡San Homobono me valga! ¡Con que esta habitación es de paso?

—No hay otra. La única que tenía cama se la dió el amo al oficial en agradecimiento del sablazo.

—¿A qué hora pasa el tren?

—El correo de Madrid no debe tardar.

—Pues avísame Vd. con tiempo.

—¿No se quedan Vds. á descansar esta noche?

—¡Infeliz! ¿Crees tú que me he casado para pasar la noche de novios en una habitación de paso y sin cama?

Salió la criada. Una puerta á la derecha se abrió dando paso al oficial.

—Buenas noches, señores. ¿Qué tal se ha cenado?

—Muy bien, ¿y Vd.?

—Observo que esta habitación no tiene cama.

—No hace falta... ¿Quién piensa dormir?

—Les cedo á Vds. la mia. *Bebian? Ob sirabó el á so!*

(1) - Véanse los números desde el 10 en adelante.

LA NUEVA TIRANÍA.



CASERO.—¿Conque quiere Vd. el cuarto tercero?

INQUILINO.—Si señor, si Vd. lo lleva á bien.

CASERO.—Señor mio, es Vd. viejo, tiene Vd. trazas de vivir poco, y yo no quiero muertes en mi casa. Por lo tanto no puedo alquilárselo á Vd.

—Está bien; daré á Vd. los 20 rs. que pide por el cuarto principal. Vamos á hacer el recibo.

—Un momento, señorita. ¿Es Vd. sola?

—Y soltera.

—En ese caso pagará Vd. 40 rs.

—Muchas gracias.
—No hay gracias que valgan. Yo no puedo permitir...
—No se cansé Vd., hombre.
—Es que si le incomoda á Vd. el humo doy palabra de no fumar en toda la noche.
—¡Hombre, no sea Vd. posma!
—Nada, nada, voy yo mismo á arreglar el cuarto para que Vds. se trasladen á él.
D. Gonzalo penetró en su cuarto al tiempo que entró la criada á decirles que ya llegaba el tren-correo de Madrid. Entonces Joaquín se dirigió de puntillas al cuarto de D. Gonzalo, vió que la llave estaba en la cerradura, cerró la puerta y se guardó la llave diciendo:
—¡Señor oficial!
—¿Qué ocurre, vecino? contestó D. Gonzalo desde dentro.
—Tenga Vd. la bondad de no fumar en toda la noche porque nos incomoda el humo.
Y acto continuo se fué al tren con Elisa, dejando cerrado á su compañero de viaje.

CAPÍTULO CUARTO.

La noche de novios.

I.

El tren-correo seguía su marcha hacia Valladolid, y los dos recién casados se habían metido en un coche de primera, donde iban dos franceses, un relojero alemán, y un matrimonio vizcaíno que había venido á la corte á quedarse con la subasta de un trozo de carretera.

Después de un día tan agitado, Joaquín y Elisa, así que apoyaron sus cabezas en el respaldo del coche, se quedaron dormidos.

Pero ¡oh fatalidad! Estaba escrito que para Joaquín no había hora buena en aquel desventurado día.

La comida en el parador del tío Viña le había sentado mal.

Despertó sobresaltado y con fuertes dolores de barriga.

—¿Vosté ir mucho malo? le preguntó el relojero ale-

man, que á la escasa luz de la lámpara intentaba leer un periódico.

—Si señor, sí, contestó Joaquinito... Me han envenenado en ese maldito parador... ¡huy!

—Yo dar á vosté un consejo... Cuanto mas movimiento, ser peor... Tenga vosté quietud.

—¡Imposible! Si me dan unas angustias...

Afortunadamente paró el tren.

Al tiempo de bajarse Joaquinito, el relojero alemán rompió con mucha flemma el periódico que leía, y le entregó la mitad, diciendo:

—Caballerro... parra los apurros son los amigos...

Cuando Joaquín volvió á su asiento, se encontró con que Elisa ocupaba los dos, pues en medio del profundo sueño que la embargaba, habiase ido cayendo insensiblemente, hasta hacer del tren una cama.

—¡Pobre ángel, cómo duerme! No me atrevo á despertarla, dijo Joaquín acomodándose en el canto del asiento y sosteniendo con dificultad el equilibrio.

El tren seguía con mayor velocidad.

Casi todos los viajeros dormían, menos Joaquín, que monologuaba de esta manera:

—«Mis compañeros de viaje roncan que es un primor... mi cara mitad descansa también en brazos de Morfeo... ¡Dios mio! Si no hubiéramos salido de Madrid, ¡qué feliz sería yo! Pues señor, el caprichito de mi mujer me va saliendo caro... muy caro... muy caro... Valiente figura hacemos los dos en este coche, ella durmiendo como una lugareña, y yo con unos retortijones de tripas que me baldan. ¡Vaya una noche de novios! Y todo por seguir la moda... Señor, si la felicidad requiere sosiego, lo he dicho siempre y nadie me hace caso. Casarse para sufrir lo que yo he sufrido en un día, es ir al infierno en tren directo. No, pues lo que es si me vuelvo á casar, juro sobre la cabeza de mi mujer (que está durmiendo y no me oye) que no emprendo viaje alguno aunque se empeñen todas las modas del mundo. El casado casa quiere, dice el refrán, y yo me atengo á él.»

El tren llegó á la estación de Avila, donde los viajeros tenían tiempo para tomar chocolate.

Joaquín despertó á Elisa.

—¿Quieres tomar algo, paloma mia?

—¡Déjame dormir! fué la contestación de Elisa, contes-

tación propia del que se siente despertado en el primer sueño, después de largas fatigas.

—¡Qué graciosa es mi mujer! añadió Joaquín disponiéndose á tomar su chocolate.

El alemán le atajó con esta observación:

—Caballerro... no tome vosté chocolata si quiere moderar el vientro... Tome agua fria.

—¡Agua!... ¡Cuando tengo una debilidad que no me deja fuerzas para moverme!

—Yo darle un consejo á vosté... Yo viacar mucho... Chocolata nunca para la vientro revuelto... ¡Oh! Si vosté no se contiene va á pasar un noche morrocotudo...

—Me contendré, hombre, me contendré, y muchas gracias por el aviso.

Y Joaquín volvió á monologuar hasta que se quedó dormido.

Llevaban los billetes hasta Valladolid, donde pensaban detenerse.

El mozo abrió la portezuela, apenas paró el tren en la estación, y gritó con fuerza:

—¡Valladolid, 20 minutos!

Joaquín y Elisa despertaron sobresaltados, y tropezaron con las cabezas, haciéndose Elisa un cardenal en la frente que le hizo ver las estrellas.

—¡Bruto!

—¡Qué torpe!

Estas fueron las dos exclamaciones que se escaparon de aquellos labios adolescentes formados para el amor.

No hay ilusión que resista á las fatigas de un viaje.

Cuando el sueño se apodera de un viajero, la mujer más hermosa que vaya á su lado, le hace el mismo efecto que si viajara en compañía de un saco de arroz.

No eran todavía las seis de la mañana y corría un airecillo que cortaba.

Joaquín se embozó en el frac. Elisa se cobijó con el velo blanco, y cogidos del brazo llegaron á la estación.

Los empleados que los veían pasar, cambiaban una sonrisa con sus compañeros.

Un mozo de los ómnibus se atrevió á decirles:

—Señoritos, ¿quieren Vds. un coche para visitar la osa mayor?

(Se continuará.)

Luis Rivera.

Preguntad á un enamorado ¿cuánto daría por estar por uno en las mejillas de su amada? Un tesoro que tuviera lo cambiaría en ciertos momentos por aquel beso.

Mirad aquella madre que contempla á un niño que duerme en la cuna el sueño de los ángeles. Se aproxima á él, se sonríe, se extasia mirándole, y por fin, la explosión de todo su cariño maternal, ese rey de los cariños, es un beso estampado en la frente de su hijo dormido.

Contemplad aquel anciano que hace saltar sobre sus rodillas temblorosas el nietezuelo que ríe con la alegría de la inocencia; ved cómo se deleita mirando al rapaz que juega con sus cabellos plateados; por fin coge con sus manos trémulas aquella cabeza infantil, en la cual no ha brotado aun ningún pensamiento impuro, y espresa todo su amor hácia el muchacho con un beso.

Mirad ese soldado que acompaña á una nifera por una oscura calle de Madrid, que puede ser cualquiera: van hablando de amor.

De repente, el hijo de Marte se exalta y planta un beso en una de las mejillas de su amada. ¿Qué placer es comparable al que aquel ha sentido? Queda más orgulloso despues de ese robo que entrando vencedor en cualquier plaza fuerte despues de un prolongado sitio.

Ved esa madre que estrecha entre sus brazos al hijo que marcha á pelear por la patria. Acaso no volverán á verse: ¡tal vez si él regresa duerma ya entonces su madre el sueño de la muerte!

Se abrazan los dos con toda la efusion de sus almas; sus dos cuerpos se oprimen enlazados por el cariño; sus corazones laten juntos; sus lágrimas se mezclan; pero no basta para espresar el dolor que les ahoga, es necesario más... ¡un beso!

Queda, pues, probado que el académico que ha definido el beso no sabe lo que se pesca, ó mejor dicho, no sabe lo que es besar.

Y ahora, lector amigo, me despediré de tí al uso del día, y con el mayor respeto: ¡besándote! *Beso á Vd. la mano.*

M. Ramos Carrion.

EL HECHICERO.

Bellas y curiosas hijas de aquella que, una mañana, mordió la fatal manzana en los campos del Eden, llegad hasta el hechicero si quereis cojer, cual Eva, sabrosa agrídulce breva del árbol del mal y el bien.

¡Salud, bellissima Elvira, prototipo de elegancia que de la archiculta Francia sigues la *derniere fashion!* ¿Quieres que te diga el brujo lo que en tu pecho se esconde? ¿quieres que te diga á dónde se dirige tu ambicion?

Tú sueñas con un marido... —¡Bah! ¿quién es la que no sueña? —Y tu esperanza halagüeña cifra su bello ideal, no en un hombre honrado y bueno y, cual tú, jóven y hermoso: tú ambicionas... un gotoso millonario-carcamal.

Cupido se te aparece en las sombras de la noche rodando en lujoso coche entre joyas de valor; y cuando de esa manera se te aparece Cupido, tú no buscas un marido, tú buscas... un editor.

Julia, tú que siempre diste al negro egoismo culto, ¿qué intenso pesar oculto revela tu inmóvil faz?

Siempre halló el dolor la puerta de tu corazon cerrada, y por nadie ni por nada se alteró tu hermosa paz.

Y ¡hoy lloras, tú, que impasible has visto el ageno llanto!... ¿Qué origina tu quebranto? ¡Ay! ¡comprendo tu dolor! Tienes treinta y cinco otoños y al mirarte ayer mañana viste la primera cana... ¡la primera cana!... ¡horror!

«¡Ya eres vieja!» En tu alma virgen del más leve sacrificio, cual la trompeta del juicio suena esa frase fatal.

¡Adios juventud y amores, adios placer y belleza! ¡Ay! ¡sumerge tu cabeza... en el agua de Chantal!

Aproximate, Gertrudis, tú eres de virtud ejemplo, tú las baldosas del templo besas con humilde uncion, y la triste vida pasas rogando ante los altares y repitiendo á millares los actos... de contricion.

Tú no ambicionas placeres, ni mundanales mentiras; tan solo á morir aspiras en olor de santidad.

¡Cuanta virtud! mas con ella ni con tus devotas mañas, pobre Gertrudis, no engañas ni á Cristo ni á Satanás.

¿Un consuelo á tus pesares vienes á pedirme, Elisa? ¿Por qué esa triste sonrisa y esa palidez mortal, en tus labios antes rojos? ¿Por qué no tienes ahora tu sonrisa embriagadora, provocativa y fatal?

Por juego las pobres almas enredabas en tus lazos, y al mirar hecho pedazos algun pobre corazon, ¡reías... y ya no ríes! Hoy te abrasas en el fuego que ayer te sirvió de juego... ¡es la pena del Talion!

Bellas y curiosas hijas de aquella que una mañana mordió la fatal manzana en los campos de Eden, id, cada cual de vosotras sabe ya lo que en sí lleva de dulce y agrio, la breva del árbol del mal y el bien.

Federico de la Vega.

CABOS SUELTOS.

Recomendamos al Sr. D. Víctor Cardenal, director de Correos, la siguiente carta, suplicándole vea el medio de evitar los perjuicios que causa á las empresas periodísticas la torpeza ó mala fé de algunos empleados.

Hé aquí la carta, que nos decidimos á publicar, dando al mismo tiempo esta satisfaccion al suscriptor que todas las semanas lamenta el mismo abuso, sin que él ni nosotros podamos corregirlo, aunque nos volvamos micos.

Sr. Director del periódico GIL BLAS.

Grao de Valencia 20 noviembre 1866.

Muy señor mio: Ya tengo hasta vergüenza de reclamar á esa direccion números del periódico que Vd. dirige; tal es la frecuencia con que me faltan.

Hoy me quejo por la falta del correspondiente al domingo 18 del corriente, no obstante las gestiones que me consta está practicando el señor administrador de Correos de Valencia para remediar este repetido escándalo. Mas lo cierto es que no se corrige, y que difícilmente podrán averiguar en dónde está la culpa. Lo que sí puedo asegurar es que en la estafeta de este pueblo no está, porque todos los días se abre la bolsa del conductor á presencia mia, y en el acto recojo los números que vienen. Además, el cartero de esta es persona de entera confianza.

Sin otro particular, etc.—J. M. y A.

Parece que van á darse corridas de toros en Paris durante la Exposicion.

Me alegro infinito. Mientras otras naciones expondrán sus productos, los españoles expondremos la vida.

Continúa publicando *La Política* en el sitio del artículo de fondo la famosa historia china *Los tres besos de la serpiente.*

A Barrabás le han dado *mulé* en Sevilla. Se trata del bandido conocido por aquel apodo, y que ha sido ajusticiado.

El Sr. Estrella, que fué director de *El Reino*, ha abierto su bufete de abogado. Es de suponer que en el bufete, como en el periódico, vivirá con las *disidencias.*

Los aficionados á leer geroglíficos pueden pasar un rato divertido con el de hoy.

Sabemos que un francés ha contratado una orquesta de guitarristas para dar funciones en Francia.

Las guitarras y bandurrias han sido construidas al efecto por el guitarrero de la Carrera de San Gerónimo, Sr. Gonzalez.

Les deseamos aplausos y dinero.

Por supuesto que no se olvidarán de tocar la marcha de *Pan y toros.*

España ha de ser libre, libre Castilla, mientras haya en el mundo manolera.

El mes próximo publicará *El Pensamiento Español* la letania lauretana, y yo la leeré.

He oido decir que Zorrilla va á salir de Madrid con objeto de recibir al emperador de Méjico, y leerle una poesia titulada *¡La partida!*

Dice *La Regeneracion* que, «á no impedirlo Dios, se acerca el dia en que los ciegos vean.» Nunca podrian ver mejores cosas, si van á la Exposicion de Paris.

Tenemos en campaña á los dos astrónomos zaragozanos.

El Sr. Castillo pronostica que va á hacer mucho frio este invierno. ¡Cosa más rara! Pero más raro seria que hiciera calor.

El Sr. Yagüe ha dado á la estampa su calendario con los colores que usa la Iglesia, y lo dedica á los sacerdotes y á sus apasionados de ambos sexos.

¡Oh venturoso Sr. Yagüe!

¿Conque tiene tambien apasionados del bello sexo? Y el pícaro da su retrato en el Calendario!

Hemos recibido *El Almanaque popular de las Efemérides.*

Es un libro muy curioso que recomendamos al público.

Fisonomía de los teatros.

El Príncipe se sonríe... gana dinero.

La Zarzuela medita... gana amigos.

El Real es un almacén de notabilidades... viejas.

En los Bufos hay un motin... de estrellas.

Novedades hace comedias... para los de casa.

El Circo se levanta... de entre los muertos.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior:—*Montera.*

GEROGLÍFICO.



(La solucion en el número próximo.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.